

MUSEO PROVINCIAL

CURSO DE VULGARIZACIÓN ARTÍSTICA

ORÍGENES DEL CRISTIANISMO EN VALENCIA SEGÚN LOS MONUMENTOS COEVOS CONSERVADOS EN EL MUSEO

LECCIÓN INAUGURAL

PRONUNCIADA EL 20 DE OCTUBRE DE 1912

POR

D. Luis Tramoyeres y Blasco

Académico y Secretario general
de la Real de San Carlos, correspondiente de las reales de San Fernando
y de la Historia, vocal de la Comisión provincial de
Monumentos Históricos y artísticos, etc.



VALENCIA

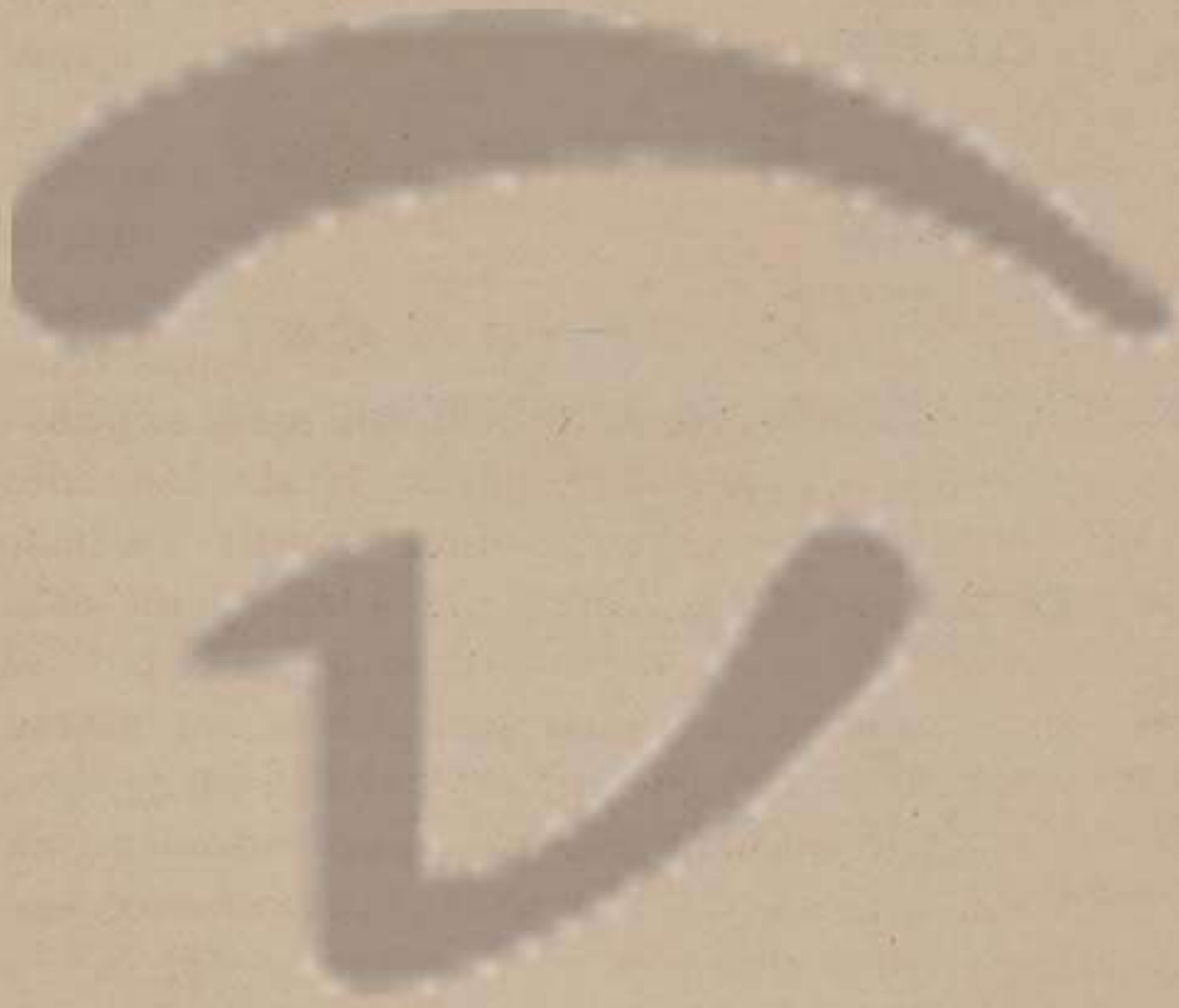
IMPRENTA DOMÉNECH Y TARONCHER

Travesía Miguelete, 1

1913

AD

A



SEÑORAS Y SEÑORES:

INAUGURAMOS hoy una serie de conferencias de vulgarización artística. No son para las personas competentes en Arqueología o Historia del Arte. Estas, si asisten, recogerán escaso fruto, tal vez ninguno. Nuestro propósito va encaminado a divulgar materias que no están al alcance de la gran masa del pueblo. Para él iniciamos estos cursos breves, escogiendo temas relacionados con el arte valenciano. Queda, con esto, expuesto el fin de estas lecciones populares. Resta tan sólo indicar el método que nos proponemos seguir. La base de la exposición serán las obras conservadas en este Museo. Ellas constituyen el fundamento principal, el esqueleto, el nervio de nuestro programa. En cierto modo, equivaldrán a la descripción del objeto, y, mis palabras, el texto de las conferencias, representarán una página del Catálogo descriptivo de los monumentos escogidos para la demostración o explanación del tema. Cada oyente puede considerarse como un visitante que, Catálogo en mano, se detiene frente al cuadro, estatua o relieve que desea conocer o estudiar. Aplicaremos a estas lecciones el método objetivo, mediante el cual confiamos obtener algún resultado práctico en favor de la cultura general, preparando a los menos educados en estas materias, para ulteriores y más serios estudios. Consultaremos, en una palabra, a los mismos monumentos y ellos contestarán a nuestras preguntas con la inflexible evidencia de los hechos. Así realizaremos una obra sólida y durable, grabando en nuestro escudo de

combate este lema: «Los museos son libros abiertos para instrucción del pueblo».

Expuestos el fin y método de estas lecciones, procede formular el tema para la de hoy. Ha sido elegido al azar. Nuestras conferencias pueden y deben estimarse, desde cierto punto de vista, como un conjunto de pequeñas monografías. La trabazón no es sistemática, ni obedece a un concepto único; cada una será distinta de la anterior, pero en su conjunto, al final del curso, habremos desarrollado aspectos generales del arte, conforme a los documentos gráficos conservados en este Museo del Carmen. El tema de la lección inaugural cae de lleno dentro de la Arqueología, pero en el concepto moderno dado a esta palabra, y, su contenido podemos enunciarlo así: «Los orígenes del cristianismo en Valencia, según los monumentos coevos existentes en este Museo».

No consta, señoras y señores, cuándo aparece el cristianismo en Valencia. Faltan documentos gráficos y escritos acerca de este extremo. Es indudable que el cristianismo fué introducido en España desde los primeros años apostólicos. Dudoso es el viaje del Apóstol Santiago, pero casi indudable la visita de San Pablo, hecho por él mismo anunciado en la Epístola XV a los Romanos. El Apóstol no debió llegar hasta Valencia, aunque parece visitó a Tarragona y parte de las poblaciones vecinas a la desembocadura del Ebro. Los principales y más eficaces propagadores del cristianismo en España fueron los varones apostólicos, discípulos de los compañeros de Cristo, y por ellos enviados para predicar y fomentar la nueva doctrina. Andalucía, según se cree, fué la primera región hispánica que oyó la palabra evangélica. En ella trabajaron los varones apostólicos, sembrando la semilla que había de fructificar con pasmosa y vital fecundidad. Este hecho es natural. Andalucía ha sido la región de España más romanizada y en la que se acumuló el poderío de los vencedores. Todo en ella convidaba a que los patricios romanos la visitasen con frecuencia, gozando, en el crudo invierno, de su tem-

plado clima, deleitándose en los cantos y bailes populares del país, algunos tan licenciosos y lascivos como las danzas de las ágiles balladeras gaditanas, famosas en la propia Roma.

Carecemos de una segura y verídica carta topográfica acerca de la marcha progresiva del cristianismo en nuestra patria. Consta, por los documentos epigráficos, que se propagó casi simultáneamente por toda la costa mediterránea, difundida, según parece, por los navegantes griegos, que surcaban, como comerciantes, el mar levantino. Gracias a esta propaganda en el seno de las poblaciones de origen griego, esparcidas a lo largo de la costa, formáronse en todas ellas núcleos de cristianos fortalecidos en su naciente fe por la aureola de las persecuciones, que acrecentaba el número de los adeptos, y por las patéticas leyendas de los mártires, divulgadas mediante la ardorosa y eficaz palabra de los neófitos.

No tenemos en Valencia documentos sincrónicos de los primeros siglos. Esta falta de pruebas materiales no indica la carencia de grey cristiana. Aquí en donde dominaba la población de abolengo griego, seguramente debió registrarse la existencia de adeptos más o menos fervientes. Que los había se demuestra con un hecho cierto y ocurrido cuando, hacia el año 304, padeció martirio el Diácono Vicente. Los cristianos valentinos, según consta del Himno o Poema de Clemente Prudencio y de las Actas del martirio, asisten al Tránsito del valeroso joven, recogen su sagrado cuerpo y le conceden decorosa sepultura. Interviene, en todas estas pías manifestaciones, una viuda llamada la Jónica, nombre patronímico que nos indica su filiación griega.

Tampoco podemos dudar de la existencia de una latente y continua protesta contra el paganismo. Ciertamente es que ignoramos la importancia y desarrollo de la familia cristiana en Valencia; pero poseemos un documento justificativo de que los fieles valentinos, pocos o muchos, no desaprovecharon las ocasiones que se les presentaban para protestar contra los hombres y doctrina paganas. Puede probarse este hecho por el docu-

mento de que acabo de hablaros, y que nos es dado contemplar en el pedestal aquí expuesto.

Hállase labrado en piedra llamada *busearró*, propia de nuestra región, y sostuvo en su origen una imagen dedicada a perpetuar el recuerdo del emperador Claudio



Pedestal del emperador Claudio Pio.

Pío, el Gótico, proclamado en 268 y fallecido en 270. Dentro de estas dos fechas, o probablemente con posterioridad a la última, los valencianos consagran este homenaje a la memoria del emperador, conforme nos lo dice la inscripción esculpida en el pétreo basamento.

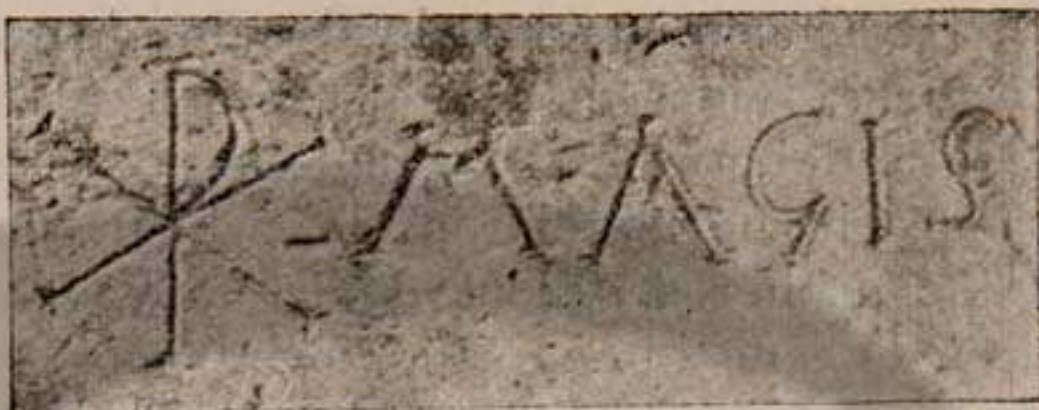
Este ejemplar epigráfico ha sido poco estudiado. Apareció en 1851 al practicarse ciertas excavaciones

en la plaza de San Lorenzo de esta ciudad. No hay memoria de que en aquel paraje existiese edificio alguno memorable durante la edad romana. Seguramente fué trasladado, ya derribada y destruida la estatua, desde la no lejana plaza de la Catedral, en cuyas inmediaciones alzabase el Foro, y en donde estaría colocado el monumento imperial. Pero la importancia de este monumento no consiste en la dedicatoria al emperador. Descansa en los signos grabados en la faz posterior del pedestal. Podéis examinarlos. Representa, el primero, el monograma de Cristo, esto es, el nombre del Redentor formado por el enlace de las dos letras griegas X y P (Xristo) y el segundo por la palabra *Magis*, mayor. Se conoce este signo con el nombre de constantiniano. No fué el único usado por los cristianos, como general-

mente se cree. La tradición supone se adoptó después de la batalla en que Constantino venció a Magencio y en la que brilló sobre el campo de combate el signo o lábaro de la cruz con aquellas memorables palabras, *In hoc signum vinces*.

No es ahora ocasión oportuna el discutir si este signo monogramático había sido ya usado con antelación a Constantino. Para nuestro intento bastará señalar su apari-

ción en este pedestal en un período anterior, o inmediato, al edicto de Milán de 313, en virtud del cual la Iglesia ad-



Monograma de Cristo.

quiere la paz y con ella la condición social y legal que hasta entonces habíasele negado. A partir de este trascendental suceso, llamado por antonomasia la Paz de la Iglesia, no se explicaría la existencia de una protesta anónima, pues no otro es el significado del monograma de Cristo, seguido de la palabra *Magis*. Así lo reconoce también mi amigo el ilustre Horacio Marucchi, arqueólogo italiano y director del Museo cristiano de San Juan de Letrán, rechazando la hipótesis de Hübner, el difunto epigrafista alemán, al consignar en su monumental *Corpus*, al n.º 3737, que era el principio de una inscripción cristiana no terminada. Desechando igualmente el que pueda pertenecer a los tiempos sucesivos a la Paz de la Iglesia, cabe preguntar; ¿es anterior o posterior al martirio de San Vicente? Carecemos de datos para dilucidar este aspecto del tema. Pero sea anterior o posterior, el hecho esencial y memorable es el de ser, según nuestra opinión, el primer documento de protesta llegado hasta nosotros, formulado por los cristianos de Valencia contra el paganismo, representado en el idolátrico culto al Emperador. Aceptémoslo, pues, como protesta

sólemne, honda y viril, lanzada al rostro de los consagrantes de la estatua de Claudio II. Al *Divo* Emperador, al *Pío* César de los paganos, un anónimo neófito, con pulso firme y voluntad enérgica, consigna, en este bloque de piedra, todo el espíritu moral y social de la nueva doctrina, condensado en el monograma *Cristo*, y la palabra *Magis*; dos signos que representan la divisa del cristiano primitivo: solo Dios es grande, no el Emperador.

Desconoceríamos todo el valor de esa anónima protesta, si olvidásemos en el examen de la misma el desarrollo del cristianismo en Roma y las inmediatas consecuencias que siguieron a las primeras manifestaciones, a los primeros latidos de la nueva doctrina; cruento período conocido en la historia romana con el nombre de las *Persecuciones*. Providencial fué el crecimiento que en Roma logró la comunidad cristiana, por la eficaz predicación de San Pedro y San Pablo. Igualmente contribuyeron, según se cree, a este rápido éxito, los soldados de la «*Cohors italica civicum romanorum voluntariorum*», procedentes todos ellos de la propia Roma. Al regresar de la Palestina, en donde prestaban el servicio militar, darían cuenta de lo que habían visto y oído acerca de la nueva religión. El centurión Cornelio, citado en las Actas como uno de los primeros adeptos, perteneció a esta cohorte. Vivió en paz la nueva comunidad hasta el año 64 de J. C. En Julio de este año ocurrió el incendio de Roma, atribuido a Nerón y que dió origen a la primera persecución contra los cristianos. Motiváronla los amigos y cómplices del Emperador, los cuales propagaron la noticia de que el incendio había sido obra de los judíos. Defendiéronse éstos, y a su vez, acusaron a los cristianos de haber ocasionado el famoso siniestro. En esta persecución recibieron la palma del martirio San Pedro y San Pablo, sellando con su sangre el campo donde había de fructificar la semilla de Jesucristo.

De todas las persecuciones, la más terrible fué la de Diocleciano. Duró dos años y se extendió a todo el

imperio. España, como es consiguiente, no pudo librarse de este duro castigo. Gobernaba el Procónsul Daciano y fué el encargado de aplicar el edicto imperial. La tradición ha conservado el recuerdo de muchos mártires y el nombre de las poblaciones que experimentaron los efectos de la persecución. De todas las ciudades, Zaragoza conquistó la palma de la fe por sus innumerables mártires.

Regía a la grey cristiana de esa ilustre ciudad el obispo Valerio o Valero, hombre de avanzada edad, el cual tenía por Diácono al joven Vicente, oriundo de Huesca. Daciano redujo a prisión a los dos cristianos y los envió a Valencia, en donde había de seguirse el proceso. Mantuviéronse en la fe recibida, y Vicente, como a más joven, padeció el martirio.

La prisión de los dos cristianos y su traslado a Valencia desde Zaragoza, parece deba explicarse por un hecho de que no habla la historia. El edicto, al ser conocido en la ciudad augustánea, debió exasperar a los cristianos, provocando seguramente un motín popular, sofocado *mano milites*, origen de los innumerables mártires de la tradición. Para asegurar la acción de la justicia imperial, después de aquel suceso, se realizó el viaje a Valencia, en donde fueron juzgados con arreglo al procedimiento vigente. En toda persecución, aun en las generales, procedíase contra los cristianos previa denuncia formulada ante el tribunal competente. Al denunciado se le concedía el derecho de justificar su abjuración del cristianismo y nueva adhesión a las ideas paganas, demostrando en este último caso que había inmolado u ofrecido incienso a los Dioses. Esto se justificaba por medio del *libello*, certificado que se expedía a solicitud de los interesados. Estos documentos cayeron en gran descrédito, pues casi siempre certificaban un hecho simulado y con el que se evitaban algunos fieles, poco firmes en la fe, las molestias de un proceso.

No justificándose por los cristianos la abjuración, el Juez abría el proceso, sustanciado con arreglo al proce-

dimiento establecido. Luego dictábase la sentencia y se aplicaba la pena a que había sido condenado el denunciado. El arte medioeval ha consignado, gráficamente, todas las fases del proceso. Ved, por ejemplo, en los retablos de este Museo, las escenas del martirio, reproducidas por el arte ingenuo de la época. En todas ellas figuran tres períodos del proceso: el cristiano comparece ante el juez, representado por un personaje, casi siempre coronado, alusivo al emperador, y acompañado de algunos otros que figuran los auxiliares del magistrado, los testigos o amigos del procesado; el denunciado se ratifica en la fe del cristiano, y, por último, recibe el martirio en presencia de los magistrados, parientes y fieles amigos. Al condenado a muerte se le concedía el derecho de apelación ante el César. Jamás los cristianos pronunciaron, en el acto de la sentencia, la sacra palabra *apello*. Sólo se cita un caso. El de San Román. Leída que le fué la sentencia, exclamó: «Apelo ante Dios contra la iniquidad de mis verdugos.»

Ni Valero ni su Diácono Vicente abjuraron sus creencias. El primero, por su avanzada edad, fué desterrado; el segundo padeció el martirio en nuestra Valencia. La entereza del joven Vicente y su inquebrantable fe debieron producir extraordinaria sensación entre los cristianos valentinos, como aconteció luego entre el resto de los de España y fuera de ella. De este suceso, ocurrido hacia el año 304, se conservan en Valencia recuerdos tradicionales, señalándose la cárcel en la que fueron reclusos los dos varones. Topográficamente corresponde a la capilla conmemorativa situada en la plaza de la Almoína, frente a la Catedral. El Pretorio, lugar en que se sustanció el proceso, podemos identificarlo con el solar del que fué convento de Santa Tecla, situado entre las calles del Mar y la de Luis Vives y la plaza de la Reina, sitio que piadosa tradición señaló como regado por la sangre del valeroso Diácono. No está igualmente identificado el lugar del martirio, ni tampoco el paraje en que fué enterrado por los cristianos. Cítase la calle o camino de San Vicente, en las

afueras de la ciudad. El área epigráfica funeraria de la época romana no acusa la existencia de necrópolis en las inmediaciones del lugar señalado, aunque cabe sospechar, a juzgar por las referencias árabes, que en aquella vecindad hubo enterramientos.

La memoria del martirio ha llegado hasta nosotros por el texto de dos documentos literarios: el Himno de Clemente Prudencio, del que antes he hablado, poeta cristiano, de estirpe zaragozana, que se cree vivía en los últimos años del siglo IV, y las Actas del martirio, fuentes utilizadas más tarde para la redacción de los Himnos y Breviarios de la iglesia valentina. Por estos documentos consta que el cuerpo del santo mártir, recogido por los cristianos, fué depositado en un sarcófago o sepulcro.

¿Consérvase el sepulcro? Este es el tema principal de nuestra conferencia. Debió haberse depositado el sagrado cuerpo en sarcófago modesto. Cuando se verificó la solemne traslación a la nueva Basílica, extramuros de Valencia, los cristianos y su Obispo, o Pastor, honraron la memoria del mártir, encerrándole en mármorea caja, colocada debajo del altar principal de la nueva iglesia y exponiéndolo a la veneración de los fieles juntamente con la cama en donde exhaló la vida y de otros recuerdos, según canta el poeta Prudencio. Figuraba entre ellos, sin duda, la piedra de molino con que fué arrojado al mar, la cual existía aún en 1558, cuando Felipe II visitó la Basílica vicentina, hecho confirmado por el arquero Cok, cronista de aquel viaje, el cual escribe: «En donde aun se ve la piedra de molino con que le echaron en el mar, para que su cuerpo santo, de los fieles no fuese sepultado en lugar decente.»

El primitivo sepulcro, conforme tenemos dicho, sería modesto, sin adorno alguno, como lo fueron aún en la misma Roma. Los sarcófagos esculpidos, así paganos como cristianos, no son anteriores al siglo II. Fué en este siglo cuando se generalizó la práctica de inhumar los cadáveres en vez de incinerarlos, con arreglo a la antigua ley romana; cambio debido a la influencia

de las religiones orientales, y con toda seguridad a la cristiana. Estos monumentos sepulcrales, anteriores a la paz de Constantino, figuran decorados con relieves de estilo pagano. Los cristianos adquiriríanlos también en el comercio y sólo procuraban evitar el que los asuntos no fuesen de los más declarados del paganismo. Al siglo III corresponden los primeros ensayos de escultura cristiana aplicada a los sepulcros, desarrollándose el nuevo arte funerario en el siglo IV hasta fines del V. No huelga esta prolija relación, acerca de los sepulcros cristiano-romanos, considerándolo necesaria para ilustrar el monumento sepulcral que tenemos ante nuestros ojos.



Sepulcro de San Vicente Mártir.

Puede afirmarse que es ejemplar único en Valencia, y aun cabe la sospecha de no haber existido otro análogo o similar. La originalidad del mismo y los emblemas cristianos en él esculpidos, indujeron al Sr. Martínez Aloy a expresar si este monumento cristiano pudo ser el que guardó el cuerpo de San Vicente Mártir hasta el período árabe en que fué trasladado a ignorado sitio. Para nosotros es evidente que en este marmóreo sarcófago se depositaron los sagrados despojos del Diácono zaragozano. Faltan, en verdad, documentos justificativos de tal origen. La historia moderna del sepulcro arranca de 1865. En este año aparece en la Ciudadela o Parque de artillería, sirviendo de taza ó abrevadero de mulos y caballos. La faz labrada era la adosada al muro, y a esto débese el haber pasado inadvertido y el conservarse en el perfecto estado que aho-

ra vemos. Desde esa fecha figura en este Museo. Ignoramos la historia anterior a 1865. Probable es que al derribarse el ábside de la iglesia de San Vicente Mártir, vulgarmente llamada de la Roqueta, extramuros de Valencia, recogerían el sepulcro, ya vacío, y por motivos que desconocemos, se le transportaría al claustro del convento de Santo Domingo, destinado algunos años después a cuartel de Artillería, anexo al baluarte o Ciudadela.

Careciendo de datos auténticos relativos al origen de este notable monumento, parece oportuno el que le analicemos con algún detenimiento. Si nos fijamos en los emblemas, y aun en la clase de mármol, propio de nuestra región, parece que no sea sarcófago adquirido en la tienda de un *marmorario*, es decir, sarcófago de comercio. La disposición general y la zona esculpida indican también que fué labrado exprofeso para colocarlo en un sitio adecuado. Sólo tiene labrado uno de los frentes. Esto indica su adaptación al hueco de un *arcosolio*, especie de cripta abierta en el muro y en donde descansaba el sepulcro. La cubierta, desaparecida, debió ser plana, y se la utilizaría como mesa del altar. Así lo escriben Prudencio y las Actas del martirio. Por eso aparece decorada la faz principal y no las laterales y posterior, como lo están en todos aquellos que se colocaban aislados o exentos de los muros.

La zona labrada merece también particular examen. Hállase, como veis, subdividida en cinco secciones. En los extremos dos pilastras corintias estriadas; dos espacios estrigilados (los adornos en forma de eses) y el compartimiento central con los emblemas cristianos: Crismón constantiniano, encerrado dentro de una láurea o corona, sostenida por la cruz latina gamada; sendas palomas en los brazos del signo redentor, y en la parte inferior, lado derecho, el cordero, y en el opuesto, un ciervo.

Corresponde este sepulcro, en cuanto a su ornamentación, al grupo de los estrigilados, así llamados por las líneas que decoran los dos espacios rectangulares.

Como detalle diré, que este adorno se hacía por medio del aparato llamado *trépano* o *violín*, muy usado por los escultores decadentes del siglo II. En el Museo de Urbino, en Italia, existe un sarcófago estrigilado, en el que figura un escultor llamado *Eutropos*, cristiano, estrigilando uno de los frentes. Añadiré que la decoración simbólica, similar al sepulcro de Valencia, no es general en Italia. Aparece en sepulcros de la serie llamada de las Galias, y labrados en los talleres de Arlés, Narbona y Lyon. En la gran colección de sarcófagos cristianos recogidos en el Museo de San Juan de Letrán, no he visto ninguno idéntico al que ahora examinamos. El único que conserva alguna semejanza es el señalado con el n.º 171 del Catálogo. La decoración escultórica representa a Jesús ante Pilatos, y en el centro destaca la corona, el crismón y debajo la cruz. En los brazos de ésta las palomas. Hasta aquí todo es idéntico, pero no se ven el ciervo ni el cordero. En su lugar esculpió el artista dos soldados romanos durmiendo, alusivos a los guardianes del Santo Sepulcro en el monte Calvario. Este sarcófago, por sus atributos y técnica, pertenece a fines del siglo IV. El de Valencia debe colocarse en los primeros años de la centuria, siendo, por lo tanto, anterior al de Roma. Justifícase esto con la iconografía del asunto esculpido: Jesús ante Pilatos y los guardianes. Todo ello se refiere a la representación gráfica de la vida y Pasión de Jesús, que no se vulgariza por el arte hasta los últimos años del siglo IV.

Se ha dicho que este sepulcro no ha podido conservar el cuerpo de San Vicente por faltar en él la inscripción y no ser los símbolos esculpidos propios del martirio. Este argumento carece de solidez, lo propio, que lo aducido por cuantos han creído ver en la láurea, cordero y cruz los signos gráficos del martirio. Los emblemas de este sepulcro son atributos propios del cristianismo primitivo. La láurea, el crismón, las palomas, el cordero y el ciervo pertenecen a la serie de símbolos que expresan conceptos generales, pero en ningún caso aspectos especiales, excepción de cuando era escul-

pida la cruz, símbolo cierto de la Pasión y muerte de Jesucristo. Los emblemas indicadores del martirio no aparecen hasta después del siglo VI. Tampoco es de admitir el hecho de que carece de inscripción. En la mayor parte de los enterramientos de mártires, la leyenda estaba grabada o pintada en los muros del *arcosolio*. Algunos sólo estaban señalados con la palabra *Mártir*, completa o abreviada. El Papa San Dámaso fué el primero que colocó inscripciones lapídeas en las sepulturas de los mártires, consagrándoles piadosos y retóricos elogios.

Tenemos por hecho indubitable y fuera de toda controversia, que los fieles valencianos se incautaron del martirizado cuerpo, lo guardaron con veneración y le proclamaron *martir vindicatus*, canonización popular que se inicia desde el siglo III. Admitido esto, ocurre una duda: ¿Fué enterrado en un cementerio particular? No parece natural que los cristianos valentinos dispusieran en esta época de cementerio común, según ocurría en Roma y en otras grandes ciudades. Los enterramientos fueron siempre en las afueras de los poblados, conforme a la disposición legal. A pesar de las persecuciones, era lícito a los cristianos el trasladar y enterrar los cuerpos de sus hermanos y mártires.

Faltan datos para resolver este aspecto de los enterramientos. Posible es que el cuerpo del Santo recibiese sepultura en algún oratorio particular. Las Actas y Prudencio dicen que se le rendía culto público y cesando la «pérfida persecución», y «creciendo la devoción al mártir», se levantó decorosa sepultura bajo sagrado altar extramuros de Valencia.

De estas palabras podemos deducir, señoras y señores, que después del edicto de Milán, esto es, en los primeros años del siglo IV, consolidada la paz de la Iglesia y reconocida la existencia legal de la misma, los fieles valencianos, conforme a lo expuesto, acordaron levantar una nueva Basílica dedicándola al Santo mártir y en el propio paraje donde fué arrojado su cuerpo, según señala la tradición. Esta iglesia es la

llamada de San Vicente de la Roqueta, la cual subsiste hoy, pero sin el ábside y una parte de la nave que se derribó para ensanche de la vía pública, con arreglo a lo que tenemos indicado.

Debajo del altar mayor estaba el sepulcro del mártir. El culto fué universal, constituyendo un lugar de peregrinación. Esta Basílica es la única iglesia valenciana subsistente durante la dominación árabe, y puede afirmarse que en sus cercanías, extramuros de Valencia, se agrupó la población cristiana o muzárabe que vivió con mayor o menor crecimiento en la primera época de la dominación mahometana. Consta que en aquellos tiempos los cristianos celebraban un mercado especial en la actual calle de las Barcas, ocupando probablemente el caserío de Ruzafa hasta la calle de San Vicente, en la vecindad de la Basílica muzárabe.

Perdonad, señoras y señores, la amplitud que doy a esta lección. Pero advierto síntomas demostrativos del interés con que acogéis mis palabras, síntomas que agradezco y me autorizan a completar el programa trazado. No abusaré de vuestra amable atención, procurando resumir la última parte de la conferencia. Pasemos, pues, a describir otros monumentos relacionados con los orígenes del cristianismo en Valencia, expuestos en este Museo; monumentos que, con algunos ya desaparecidos, corresponden a los siglos IV, V y primeros años del VI.

En primer lugar podemos estudiar uno de los más típicos restos de aquella edad, y, probablemente, singular entre las antigüedades cristianas conservadas en España. La lastra mortuoria que tenéis presente no es de Valencia. Procede de Denia, ciudad de abolengo griego y dentro de la región levantina.

Este monumento nos confirma la existencia de la grey cristiana en aquella ciudad, durante el siglo IV, al que pertenece. La forma rectangular indica que sirvió para cubrir la tumba de una mujer llamada *Severina*, siendo digno de estudio por su técnica y epigrafía. No es de piedra o mármol, como podéis ver, es de mosai-

co. Pero este sistema fué usado casi exclusivamente en Africa. Sólo se hallan monumentos similares en Túnez y Cartago. Ni en Roma y otras regiones de Italia se labraron esta clase de lastras funerarias. Yo no recuerdo otro ejemplar análogo en España, excepción de uno descubierto en Elche, la antigua *Illice*, situada en nuestra región levantina. La lastra dianense fué construida en la propia localidad, lo que se ha podido comprobar por haberse hallado las *teselas* o fragmentos de piedras sobrantes, junto al emplazamiento del sepulcro. De todas suertes, este arte justifica las íntimas relaciones, así mercantiles como artísticas, existentes entre las poblaciones levantinas y las situadas en la costa africana, relaciones que aun hoy subsisten en ambas regiones.

La parte epigráfica no es menos interesante, ved su lectura:

SEVERINA
 VIXIT AN
 OS XXXX
 DECESSIT IN
 PACE TERTI
 VIDVS FEB



Lastra sepulcral
de Severina.

Que es cristiana esta inscripción se demuestra por la locución «Decessit in pace», pasó de esta vida a la otra en paz, fórmula muy usada en la epigrafía funeraria de los siglos I al VI y adoptada del ritual judaico «Vivas en paz de Dios», y por señalar el día del fallecimiento, recordatorio para el aniversario de la defunción y en el que debían celebrarse las preces por el eterno descanso del difunto. Los paganos no grababan en sus inscripciones funerarias el día de la muerte.

Podemos estudiar otro resto artístico de este período. Salgamos al patio en donde está expuesto. Fragmento escultórico de un sarcófago cristiano romano. Pertenece a la faz o frente principal; pero no podemos señalar de un modo cierto, la exacta significación de las figuras. ¿Representan la misteriosa e inexplicada existencia de un Orante y otros cristianos? ¿Son apóstoles? Lo ignoramos.



Fragmento de un sarcófago cristiano.

De todas suertes podemos afirmar, y, esto es lo importante para nuestro tema, que las figuras corresponden a la iconografía cristiana primitiva y por la factura tosca del relieve, cabe fijar su labra en los últimos años del siglo V. Procede, como el mosaico de Severina, de Denia, región fecunda en hallazgos de la época romana.

Este fragmento, como los otros restos estudiados, demuestra que entre los primitivos cristianos de la región valenciana, había gente rica y conocedora de las artes decorativas, especialmente en sus aplicaciones a los monumentos funerarios.

Vamos ahora, amables oyentes, a estudiar, pero con obligada brevedad, otros de los documentos epigráficos relacionados con la introducción y progresos del cristianismo en Valencia. Examinad, por vosotros mismos, el mutilado fragmento adosado a ese muro y colocado en movable aparato.

Trátase de un monumento de la mayor importancia histórica, por hallarse, según el común sentir de doctos epigrafistas, enlazado con la construcción o reparación de la primitiva Basílica cristiana que existió en esta ciudad. Por el testimonio de San Isidoro, el ilustre prelado hispalense, sabemos que el primero de Valencia

o el primero de quien se conservan noticias, fué Justiniano, esclarecido por su cultura y celo apostólico. Consta gobernó la grey valenciana en tiempos de Theudis, rey godo, y su pastoral prelación debe señalarse entre dós fechas: 527 a 548. A este período corresponde el resto lapídeo que en día afortunado para la Arqueología valenciana pudimos recoger y depositar en este Museo. La inscripción está formada por diez versos exámetros. El P. Fita, esclarecido maestro en antigüedades cristianas, la ha reconstituido y traducido así:

«Al correr de los siglos, construida una obra, hay que renovarla. De tan gran Basílica, como ésta lo es, ¿quién ha pensado en

restaurar la techumbre? La cual amagaba desplomarse bajo el peso de años excesivos. En ello ha entendido ya la providencia del obispo Justiniano, en el año tercero que contamos del reinado de Theudis. Contribuyen a esta restauración, por una parte, lo firme de las arcadas, y por otra, lo gallardo de



Lápida del Obispo Justiniano.

las antefijas del cornisamento donde los corimbos de la yedra, símbolo de la *inmortalidad*, reflejan la idea capital suscitada por la vista del edificio. Formadas de puro jaspe, descuellan efigies (de Santos) sobre las acroteras. Una lámina de metal dorado rodea la fuerte cúpula, y parece sonreír bañándose en el esplendor del astro del día. Cinco son las columnas que la sostienen.»

Esta inscripción aparece esculpida en el reverso de un capitel de pilastra. Demos vuelta al fragmentario mármol y podréis contemplar el resto decorativo. Pertenece al estilo corintio decadente, no posterior

a los primeros años del siglo VI y el cual anuncia, en la región levantina, la aparición de los primeros esbozos del arte alejandrino. El artífice usó el aparato llamado trépano en todas las partes hondas y vaciadas del adorno, lo que indica ser obra de mecánico y no de artista. La importancia de este capitel consiste, conforme nuestra opinión, en que procede de la primitiva Basílica cristiana, renovada más tarde por el obispo Justiniano, según los datos aportados en esta larga conferencia, la cual, por fortuna para vosotros, ha terminado. (Nutridos y prolongados aplausos.)



Capitel de pilastra.

APÉNDICE

Dado el carácter popular de estas lecciones, no fué oportuno el descender a detalles en la exposición de los respectivos temas. Completamos ahora el texto original, con algunas ligeras notas en forma de apéndice y en las que se consignan las principales fuentes bibliográficas de los monumentos estudiados en esta primera conferencia, y una brevísima descripción de los mismos, extractada del Catálogo, inédito, de las Antigüedades expuestas en el Museo Provincial.

I.—Fuentes bibliográficas.

1887. *Martínez Aloy*.—Antigüedades de Valencia. Sepulcro cristiano. Publicó este artículo en *Las Provincias*, diario de Valencia. Fué reproducido en *El Archivo*, vol. I, núm. 38, página 314, Denia, 1887.

En este trabajo sostiene el autor la hipótesis de que el sepulcro palo-cristiano del Museo de Valencia, pudo ser el que guardó los restos del Diácono Vicente.

Acerca de este tema se promovió larga controversia en la que tomaron parte el Dr. D. Roque Chabás, D. Francisco Danvila y D. José Martínez Aloy. Puede verse *El Archivo*, vol. I, núms. 41, 51 y 52 y vol. II, cuad. VI.

1891. *Chabás*.—Los Mozárabes valencianos. Madrid, 1891. (Tirada aparte del Boletín de la Real Academia de la Historia, vol. XVIII.)

Trabajo muy erudito y justificativo de que la Basílica vicentina, extramuros de Valencia, fué la iglesia de los cristianos valencianos durante la dominación agarena. También se insertó en *El Archivo*, vol. V, I, pág. 6.

1897. *Chabás*.—La fundación de Valencia y la introducción en ella del Cristianismo. (Tirada aparte de la Revista diocesana «Soluciones Católicas». Valencia, 1897.)

Es un resumen de cinco conferencias dadas en la Institución de la Enseñanza de la Mujer y en las que cita y razona los principales monumentos escultóricos y epigráficos existentes en Valencia relacionados con los orígenes del cristianismo.

1904. *Chabás*.—Homenaje a San Vicente Mártir que le ofrecen sus devotos en 22 de Enero de 1904, con motivo del Centenario XVI de su martirio. Valencia, 1904.

Es trabajo de sólida erudición y en él se ventilan todos los aspectos tradicionales e históricos acerca del martirio del Diácono Vicente y la fundación de la Basílica que le consagraron los valencianos. En la pág. 36 reproduce el sarcófago del Museo.

1908. *Mérida*.—La escultura hispano-cristiana de los primeros siglos de la era. (Revista «Pequeñas monografías de Arte». Madrid, 1908.)

Ocúpase del sepulcro de San Vicente Mártir y del fragmento de Denia, igualmente conservado en el Museo.

1909. *Puig y Cadafalch*.—L'Arquitectura románica a Catalunya. Barcelona, 1909.

Reproduce, pág. 279, el sepulcro cristiano de nuestro Museo, aunque está equivocado el epígrafe, suponiendo existe en Arlés; pág. 295, publica la lastra mortuoria de la dianense Severina; pág. 309, el texto latino (reconstrucción del P. Fita) de la lápida del obispo Justiniano, y en la 310 inserta un fragmento del epígrafe original conservado en el Museo de Valencia.

1909. *Chabás*.—Episcopologio valentino. Valencia, 1909, vol. I. Este volumen, único publicado, está consagrado a la introducción del cristianismo en la región valentina y el texto es un resumen de los trabajos que había publicado el autor en *El Archivo* y en otras revistas. El tomo segundo, en parte impreso, quedó en suspenso por el fallecimiento del docto archivero de la Catedral, ocurrido el 20 de Abril de 1912.

1913. *Tormo y Monsó*.—Cruces y crucifijos. Núm. 4 del año I, Abril de 1913, de la revista madrileña «Por el Arte».

Al frente de este trabajo, consagrado, en parte, a la Exposición constantiniana celebrada en Madrid, publica el sepulcro cristiano del Museo.

II.—Monumentos cristianos del Museo de Valencia.

Pedestal de la estatua del emperador Claudio.—Hallado, según decimos en el texto, en la plaza de San Lorenzo, al abrir, en 1851, los cimientos para colocar una fuente de mármol. Ingresada en el mismo año. Bloque de mármol blanco. Alto, 129 cm., ancho, 0'75. Labradas sus cuatro fases. Corona y base de molduras. En la parte superior de la corona, las huellas para el asiento de la estatua.

Véase Hübner, *Corpus*, núm. 3.737 y las Memorias de la S. Arqueológica Valenciana, 1872, pág. 22.

Monograma de Cristo.—Esculpido en la faz posterior del pedestal de Claudio, lado derecho del bloque, parte superior. El monograma y la palabra *Magis* forman una línea de 25 cm., siendo de cinco la altura de las letras.

Hübner, al publicar la inscripción del pedestal claudiano, habla del monograma calificándolo de inscripción cristiana no terminada. Véase sobre esta hipótesis lo dicho en el texto.

Sepulcro de San Vicente Mártir.—Mármol del país. Largo, 194 cm., ancho, 0'66, alto 0'55. Uno de los monumentos palocristianos más importante de España. Publicado en distintas obras. Consúltese la bibliografía. En la Ciudadela de Valencia, sirviendo de abrevadero de caballos. Trasladado a este Museo en 1865. La primera vez que se reprodujo fué en un dibujo litográfico. En el Museo Arqueológico nacional, debe existir un vaciado del original.

Durante el mes de Diciembre de 1911 visitó nuestro Museo el arqueólogo italiano Marucchi. Ausentes de Valencia, dejó escrito, en una tarjeta de visita, lo siguiente:

«COMM. ORAZIO MARUCCHI

Director del Museo cristiano del Laterano, en Roma. He admirado el sarcófago cristiano y el mosaico y felicito a usted. —Roma, S. María, in Vía. 7-A.»

Dos meses después, visitaba al sabio arqueólogo en su domicilio de Roma y me recordaba con entusiasmo la impresión que le causó el monumento, «uno de los primeros del arte cristiano romano». El propio señor habló de este sepulcro y del mosaico de Severina en una conferencia dada en la Sociedad Arqueológica de Roma, en Enero de 1912, y de la que me dió noticia, con gran elogio, mi amigo el Sr. Pijoán, Director de la Escuela de Arqueología e Historia de España en Roma, el cual asistió a la conferencia con todos los alumnos españoles.

Sepulcro de Severina.—En mosaico. Largo 212 cm., ancho 0'85. Procede de Denia y fué hallado el 16 de Diciembre de 1878 en un campo de la propiedad de D. José Antonio Morand, «justamente en los alrededores del sitio donde dice la tradición que estuvo el templo de Diana».

El Dr. Chabás ilustró el monumento en *El Archivo*, I, 1, 2 y 3, págs. 2, 8 y 17, Denia, 1886; IV, 7, pág. 160, Denia, 1890.

Ingresó en el Museo por donación de D. José Morand, en Febrero de 1903.

Fragmento de sepulcro cristiano.—Mármol del país. Alto 0'40 cm., ancho 0'43. Descubierta en el ermitorio de Santa Paula, Denia, al roturar un campo de la propiedad de D. Juan Cardona Vives, en Diciembre de 1879. Dióse cuenta del hallazgo en *El Archivo*, I, 3, pág. 27, Denia, 1886. IV, VIII, pág. 193, con una reproducción en fotograbado. B. A. de la Historia, XVII, pág. 521. Ingresó en este Museo, por generoso donativo del difunto Dr. Chabás, en Junio de 1909.

Lápida del obispo Justiniano.—Mármol blanco. Alto 0'53 centímetros, ancho 0'45. Al abrirse los cimientos para la reedificación de la casa núm. 4, de la plaza de la Almoina de Valencia, aparecieron a tres metros de profundidad, varios fragmentos arquitectónicos, recogidos y depositados en el Museo con una lápida romana, cedida por mediación del arquitecto y director de la obra D. Manuel Peris. De todos los fragmentos hallados, cinco de ellos constituyen el monumento epigráfico conocido con el nombre del obispo Justiniano, al que consagró el P. Fita un estudio de reconstitución publicado en el *Boletín* de la A. de la Historia, t. XLVIII, pág. 59, Enero de 1906. La casa en donde se verificó el hallazgo corresponde a la que conserva la capilla de San Valero, erigida en 1719 como recuerdo de haber sufrido prisión en el mismo paraje el Obispo de Zaragoza, compañero de persecución del Diácono Vicente.

El fragmento lapídico ingresó en este Museo en Octubre de 1905. Corresponde al mutilado capitel de una pilastra de orden corintio y que igualmente se reproduce en el texto. La leyenda grabóse en el lado liso, pero seguramente debió pulirse antes la superficie, rebajando el grueso del mármol.

Acerca de otros documentos epigráficos relativos al obispo Justiniano, pueden consultarse a Hübner *Ins. Hisp. Christ.*, núm. 184; *Suppl.* núm. 409, y al P. Fita, B. de la R. Acad. de la Hist., XXXVII, pág. 512.

Capitel de pilastra corintia.—Mármol blanco. Alto 0'53 cm., ancho 0'45. En la parte lisa, reverso, está esculpida la inscripción del obispo Justiniano. Falto de un pedazo. Juntamente se recogieron un trozo de decoración geométrica, del siglo VI de J. C. en piedra y un capitel corintio, decadente, en mármol negro. Todos estos restos procedían, sin duda, de la antigua Basilica cristiana de Valencia, situada en parte de la actual plaza de la Almoina, junto a la iglesia Metropolitana.